La estructura de Novela de ajedrez es tan sencilla como sorprendente: un planteamiento y una vuelta de tuerca. Nada de nudo y desenlace. Un grupo de viajeros ociosos reta a una partida de ajedrez al dicho Czentovicz, campeón mundial, que navega en el mismo barco que ellos. No tienen, claro, ninguna posibilidad de triunfo. Pero un enigmático y temeroso y asustadizo pasajero presencia la partida. Presa de vivísima excitación, impide que los contrincantes del genio muevan una pieza, aunque parecía una jugada cantada, y los aconseja con pasión otro movimiento. Le hacen caso y Czentovicz se ve obligado a ceder tablas y a proponer otra partida, a la que el intruso se niega. Hasta aquí el planteamiento. Todo hace suponer que seguirán el nudo (se juega o no la revancha) y el desenlace (él muerde el polvo o no). Y, sin embargo, Zweig da una vuelta de tuerca, se olvida del asunto y cede la voz en el resto de la novela al arriesgado jugador, un hombre preso y torturado por los agentes de la Gestapo para que descendamos con él al abismo del horror totalitario. «No nos hacían nada, se limitaban a situarnos en el vacío más absoluto, y es bien sabido que nada en el mundo puede oprimir tanto el corazón del hombre como la nada (...). Vivía como un buzo bajo la campana de cristal en el negro océano de aquel silencios. Roba un libro de ajedrez y se empecina en memorizar todas las partidas del mismo: «Tenía ahora de pronto una ocupación, estéril y absurda si usted quiere, pero era una ocupación que aniquilaba la nada a mi alrededors. Llega a jugar a ciegas, sin tablero alguno, contra sí mismo: «Querer jugar contra uno mismo representa, en definitiva, una paradoja tan grande en ajedrez como querer saltar sobre la propia sombra». Vaya viéndose lo bien que remata Zweig las frases, la calidad de línea. Por ejemplo, hablando del ajedrez: «En perpetuo desarrollo y sin embargo estéril: un pensamiento que no lleva a nada, una matemática que nada calcula, una arte sin obras, una arquitectura sin sustancia». Por fin, ahora, destruido ya cas

Así pues, ¿novela sobre el ajedrez? No. ¿Novela sobre la tortura, el mal sutil, la vida como sueño, la construcción de vías de escape vitales, la obsesión? Sin duda. Y no llega al centenar de páginas.



Schachnovelle

PELÍCULA DIRECTOR: GERD OSWALD

La raíz de la literatura

El premio «Príncipe» de las Letras a **Antonio Muñoz Molina** es el reconocimiento a la obra de un lector



JUAN CRUZ

Vale para describir la raíz literaria de Antonio Muñoz Molina, desde esta semana premio «Príncipe de Asturias» de las Letras 2013, aquello que dijo Samuel Beckett sobre la raíz y el destino del hombre isleño: la isla siempre va con él, porque él, además, es la isla, lo será siempre, vaya donde va ya. Y Antonio Muñoz Molina es su isla personal, la que va con él, la que nació con él en Úbeda y la que vivió, en el principio de su dedicación a la ficción, en la sierra de Mágina.

En el triunfo y en la espera, en la melancolía y en los árboles de la memoria que ha ido tejiendo, ese lugar, la casa, la calle, el barrio, la biblioteca, el maestro, los padres, la familia, el eco de aquel tiempo, así como el encuentro de esa época con el tiempo nuevo, con Elvira, con Madrid, con Nueva York y con la época que vive ya mirando por las ventanas de un universo que le gusta y que le disgusta sucesivamente, ha sido la raría geográfica y humana que lo ha impulsado.

na que lo ha impulsado.
Hasta ahora y siempre. Ese sitio que ha sido sucesivamente muchos sitios y el mismo sitio es el sustento de su pura alegría de leer, y de escribir, y es evidentemente el sustento de su memoria, la que sigue asomando, como en Proust o como en el propio Beckett, a sus libros, aunque en ellos no toque ese filamento del que, por otra parte, surgen algunos de sus textos más hermosos y, sobre todo, el emocionante El viento de la luna.

Ésa es, me parece, la raíz de su literatura; esa raíz viene a mi mente cada vez que pienso en él, y por eso antes que la Alhambra, adonde me llevó cuando lo conocí, a finales de los años ochenta, después de que publicara Beatus ille, lo recuerdo algún tiempo después caminando con Elvira y con sus padres por el territorio de Úbeda, las calles empedradas, las casas viejas, los recodos que fueron, quizá, los escenarios de sus primeros ejercicios de ficción. Allí y después lo vi mirar hacia el suelo, ensimismado y risueño, como en Madrid a veces, y como en Nueva York, buscando acaso en la propia identidad de los pies sobre el camino la metáfora de la que viene todo: de mirar, de mirar a la raíz, y de mirarlo todo.

La otra raíz está ligada a esos tiempos y es la lectura, los comienzos de Muñoz Molina como lector, su libro imprescindible y su imprescindible cuaderno. Su letra formada para quedar y para ser legible: si un día él abandona en el metro uno de esos cuadernos un calígrafo diserto, un lector atento que lo hubiera encontrado escribiendo en alguna biblioteca, sabría que ésa es la letra de Muñoz Molina. Y lo iría a buscar a otra biblioteca. Ahí vive su corazón, fuera de las tinieblas, acogiéndose a la luz brillante de los libros. De ahí viene. De Úbeda y de los libros. Ésas son las sombras que lo acogen y que la alientan como escritor.

lo alientan como escritor.

Así pues, no puede concebirse esa obra que ha hecho hasta ahora sin señalar lo más puro y decisivo de su formación de lector. A lo largo del tiempo esa experiencia que no cesa se ha convertido en el trasunto metafórico de su manera de mirar, en los ensayos sobre pintura o sobre mísica, en su interpretación de lo que ocurre en la calle (aquellos reportajes sobre el 11-S en Nueva York, aquellos paseos del Robinson urbano que fueron la raíz de su periodismo literario en Granada...) e incluso en sus más serenos pero rabiosos ensayos sobre lo que le pasa a este país para que en un momento determinado se adscribiera a la locura.

nado se adscribiera a la locura.

La obra de Antonio Muñoz Molina es la obra de un lector. Ve de un hombre que mira la pintura o que escucha la música o que camina precedido por el aprendizaje que viene de los libros. Pura alegría se llama su libro de lector feliz, su apuesta por el libro como principio de toda aventura y de cualquier compromiso. El escenario de la batalla de las ideas. Hasta su libro más combativo hasta ahora, Todo lo que era sólido, que ha sido leído como una carta de batalla, es una narración que mira al suelo del que viene y a la raíz literaria de la que procede. «El presente era una niebla de palabras arcaicas». No hay en esa literatura, por muy contingente que sea, ni una línea que no sea consecuencia de la cultura que le fue comunicando el libro incesante y del cuaderno con el que convive.

En 1981 ganó el primer premio «Príncipe de Asturias» de las Letras el poeta José Hierro. Si ahora se rastrea lo que escribió aquel autor combativo de Réquiem, y se ve asimismo lo que le dijo al Príncipe que le da nombre a estos premios en circunstancias francamente anormales en la historia democrática de España, hallaremos, me parece, que esa metáfora por la que ahora transita la preocupación civil de Muñoz Molina no se aleja demasiado de la que entonces estaba en el aire y que Hierro empuñó como una declaración de principios. Por eso, y por la literatura que el galardón celebra, me ha alegrado tanto el premio que un jurado del que me gustó formar parte le concedió al escritor que desde hace más de medio siglo vive desde su raíz en Úbeda.

Por fin no tendrá que leerlo en fotocopias

Instrucciones de uso. Al abordar Motorman (1972), una de las novelas de culto más enigmáticas e inquietantes, no deje de leer la cita portical de Escher sobre la benéfica influencia que en las aptitudes natatorias de los gusanos tienen los muros levantados con tetraedros y octaedros. Quedará así preparado para introducirse en el oscuro, posapocalíptico, beckettianos, plurisolar, plurilunar, artificial y monstruoso mundo de Moldenke. Un orbe alucinante, edificado con un lenguaje transparente, en el que tras cuatro o cinco líneas razonables aparece un quiebro de realidad. Es la primera señal de una poderosa deriva. Y vendrán muchas más. Al fin y al cabo, David Ohle (Nueva Orleans, 1941) escribió Motorman bajo el influjo de un Burroughs para quien la única manera de luchar contra el controlador lenguaje del Estado, las finanzas y los medios es subvertirlo. Motorman no le puede pasar desapercibida, aunque sólo sea por todas las personas que, tras su fugaz aparición en 1972 y hasta principios del siglo XXI, tuvieron que leerla en fotocopias.

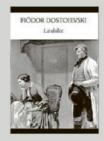


Motorman

DAVID OHLE Traducción de Juan Sebastián Cárdenas Periférica 160 páginas 16 euros

En busca de los flujos del pensamiento

La dulce, traducida a veces como La tímida o La mansa, figura entre los relatos insoslayables de Dostoievski (1821-1881). Publicado en 1876, a medio camino entre Los demonios y Los hermanos Karamazov, vio la luz en «Diarios de un escritor», la sección mensual que el autor mantuvo entre 1873 y 1881 en la revista El Ciudadano, que el mismo dirigía. Dostoievski lo calificó de relato fantástico no tanto por el contenido como por su avanzada técnica narrativa: un monólogo –a ratos dirigido al lector, a ratos puro pensamiento interior– con el que se acerca a lo que luego se conocerá como flujo de conciencia. Sabedor de que no transcribe puras espirales disruptivas, el ruso prefiere presentar su texto como un trabajo de pulido sobre las notas de un taquígrafo. Un prestamista de unos 40 años lleva seis horas junto al cadáver de su esposa –dispuesto, jah, el azar!, sobre una mesa de juego-tratando de explicarse, a través de las increfibles vueltas y revueltas de su mente enfebrecida, cómo su matrimonio ha podido desembocar en tal desenlace.



La dulce

FIÓDOR DOSTOIEVSKI Traducción de Gonzalo Gómez Montoro y Bienvenida Sánchez Posfacio de G. Gómez Montoro Funambulista 128 páginas, 10 euros